

Vamos a contar mentiras

B. S. Gairald

LES
editorial

Primera edición en LES Editorial: marzo de 2018

© de la obra: B. S. Gairald, 2018

© de esta edición: Letras Raras Ediciones, S.L.U., 2018

Imagen original de portada de Ractapopulous
bajo licencia Creative Commons CC0

LES Editorial pertenece a Letras Raras Ediciones, S.L.U.
www.leseditorial.com
info@leseditorial.com

ISBN: 978-84-948263-0-6

Depósito legal: MU 104-2018

IBIC: FA, FYB

Impresión: PODiPrint

Impreso en España - *Printed in Spain*

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

A T.,
el desamor de mi vida.

ARMARIOS

El camino hacia la casa había desaparecido bajo la nieve. Anselmo caminaba pesadamente, abrazado a una voluminosa lámpara de gas, hundiendo las botas hasta el tobillo. A lo largo de los escasos cien metros que separaban su casa del pueblo de su casa del campo, no dejaba de darle vueltas a la mala suerte de las cuatro chicas que habían venido a pasar un fin de semana rural para disfrutar del aire libre y la naturaleza y, sin embargo, se habían topado con un encierro entre cuatro paredes, eso sí, muy rurales. El anciano campesino metido a hostelero ya se lo había advertido: «Que viene una ventisca *mu* gorda», «que la nieve aquí es *mu* traicionera». Y eso exactamente es lo que pasó, que la noche del viernes al sábado nevó, nevó y nevó, la ventisca tumbó varios postes de la luz dejando a oscuras al pueblo y el hielo cubrió la cuesta de acceso a la hondonada donde se erguía humilde la casa de labor de Anselmo, reconvertida con todo su cariño en alojamiento rural de una espiga. Eran las dos de la tarde cuando el anciano llamó a la puerta.

—Buenas tardes, señoritas, aquí tenéis el *camping gas*.

Las *señoritas* eran unas treintañeras —nacidas en los primeros 80— a las que Anselmo ya había puesto la etiqueta de solteronas de ciudad, «de esas modernas que abundan tanto ahora», le dijo a su mujer. Las cuatro le respondieron a la vez con

desganados saludos. Estaban todas enfrascadas en alguna labor: la espigada Blanca y la robusta Concha preparaban la mesa para comer, Helena —con H como la de Troya, porque sus padres eran muy cool— azuzaba el fuego de la chimenea con el vigor que da el buen tono muscular, y Sofía, con ademanes nerviosos, mantenía en alto su móvil buscando inútilmente cobertura.

—Pues esto da bastante luz, ya lo veréis —dijo Anselmo señalando la lámpara de gas—, además hoy hay luna llena y si descorréis las cortinas seguro que entra mucho resplandor.

—¿No hay cobertura en todo el pueblo? —preguntó Sofía.

—Ná de ná, se han caído dos torres de luz y los repetidores no tienen electricidad. Está tó muerto.

—¿Y esto cómo va? —volvió a preguntar Sofía dirigiéndose hacia la lámpara.

Pero antes de que Anselmo pudiera intervenir, Helena abandonó la chimenea y, con paso y gesto firme, dijo: «Yo sé cómo va, deja», apartó a su amiga y empezó a trastearlo ella.

—Bueno, pues ahí os dejo, esto tiene gas de sobra, a ver si ya mañana se despeja el camino..., y coged toda la leña que os haga falta, ¿eh? Bueno, me voy.

Esa mañana se habían levantado tarde, porque el estruendo de la ventisca no les había dejado dormir hasta bien entrada la madrugada. Durante la noche, Concha había intentado distraerse acariciando a Blanca, pero Blanca no estaba de humor. En la otra habitación, con dos camas individuales, Sofía no paró de dar vueltas y de resoplar acompañada por el profundo sueño inducido por benzodiazepinas de Helena. A las diez las despertó Anselmo con las nefastas noticias de los estragos de la tormenta: estaban incomunicadas, sin luz, sin calefacción, sin cobertura y con mucho hielo en el camino de salida. Después de desayunar decidieron ingenuamente que aun así darían una vuelta por los alrededores, la tormenta ya había pasado y con los buenos abrigos y las buenas botas que habían traído no sería tan complicado. Pero sí lo fue. Hundieron sus botas en la nieve blanda y resbalaron por el hielo duro, y acabaron con los pies mojados y con algún que otro moratón. Su excursión apenas duró media hora

y regresaron a la casa con menos ánimo del que salieron. Enseguida llegó Anselmo con la lámpara y con la confirmación de las malas noticias. En cuanto se marchó el anciano, Blanca le espetó a Concha con tono meloso el primer reproche:

—¿Ves, cariño, cómo tendríamos que haberlo anulado?

Su novia la miró frunciendo mucho el ceño, porque era muy expresiva.

—Ni de coña, pedí este fin de semana libre hace un mes y no veas lo que me ha llorado mi jefe. Vemos el campo por la ventana y ya está.

Concha era cocinera en un restaurante y tremendamente pragmática.

Teniendo en cuenta cómo pasaron la mañana, la comida había transcurrido más animada de lo que se podía prever; los efectos del vino lograron elevar el ánimo de las cuatro chicas, infundiéndoles nuevas energías. Destaparon la botella de ron que Concha echó «por si acaso» y ya habían tomado sendos carajillos. Ahora estaban tiradas en el suelo sobre los dos colchones que habían sacado de la habitación de Sofía y Helena y se disponían a jugar a cualquier juego estúpido que les hiciera beber con cierta frecuencia.

—Yo no me sé juegos de esos —dijo Blanca—, pero os puedo dar unas clases de yoga... —Ella era yogui, aunque estudió biblioteconomía como Sofía, que trabajaba en una biblioteca.

—Quita, quita —Helena hizo un gesto desdeñoso—, a mí el yoga me pone nerviosa.

—Pues te vendría bien para eliminar todo el estrés del trabajo.

—Yo no me estreso en el trabajo.

Helena estudió ingeniería informática... quizá para llevarles la contraria a sus padres, que eran muy de letras.

—Tú no te das cuenta —siguió hablando Blanca con tono didáctico—, pero la exposición reiterada a pantallas de ordenador produce estrés ocular y fatiga, por las malas posturas... Te vendría muy bien.

—Ya voy al gimnasio, gracias.

Blanca iba a seguir intentando ganar una adepta a su filosofía de vida, pero Concha se adelantó:

—Podemos jugar al «yo nunca...»¹.

—¡Puf! —resopló Helena—. ¿Qué tenemos, quince años?

—El «yo nunca» no —refunfuñó Sofía—, que al final todo el mundo ha hecho de todo en los sitios más exóticos y yo acabo pareciendo una monja.

—Ohhh, ¡qué vida más triste! —exclamó la informática con socarronería.

Ese era el segundo comentario de Helena en lo que iba de día que había irritado a Sofía, el primero fue cuando la apartó con autosuficiencia de la lámpara de gas para demostrar su pericia y la ausencia de ella en su amiga. Y ahora otra vez la hacía sentir pequeña, insulsa, débil e insegura.

—Yo nunca... soy borde —le espetó Sofía con sarcasmo—. ¿No bebes, Helena?

—Ja, ja y ja.

—Haya paz, hermanas, nada de «yo nunca», ya está —sentenció Concha.

Y el tono meloso de Blanca se abrió paso con afilada punta.

—Podíamos hacer un cuentacuentos.

Todas se miraron con extrañeza y Concha se echó a reír.

—Que sí —insistió Blanca—, nos inventamos una historia o alguna que hayamos leído o de una película o también podemos contar una historia real que le haya pasado a alguien que conozcamos o a nosotras mismas.

—Buah, yo no tengo tanta imaginación —protestó su novia.

—Que sí —insistió la yogui—, ya verás como es fácil. Podemos hacer que las historias estén encadenadas... una cuenta algo y la siguiente se basa en un personaje o en el lugar o en lo que sea y de ahí saca la inspiración para su historia, y así sucesivamente.

—¿Y cuándo se bebe? —quiso saber Helena.

1. Por si hay alguien que no lo sabe, el juego consiste en decir «yo nunca he hecho tal cosa» y quien sí la haya hecho tiene que beber alcohol.

—Pues las que escuchan tienen que decir si es real o inventada y la que no acierte, pues bebe.

—Pues entonces yo voy a beber cuando quiera —sonrió Concha—, ahora, por ejemplo.

—Si no se me ocurre ni una frase para el «yo nunca», anda que se me va a ocurrir una historia entera —protestó Sofía.

—Que sí, que ya verás cómo te acuerdas de libros, amigas, de series... cualquier cosa valdrá —la animó Blanca.

—¿No eras tú la artista del grupo? —Helena se refería a la afición de la bibliotecaria por el dibujo.

—Eso es otra cosa..., y no soy una artista.

Helena siempre había sentido un poquito de admiración por esa faceta creativa de su amiga, ella no lo era para nada, pero no se lo iba a reconocer.

—Pues será.

—Yo nunca... he jugado a eso —apuntó Concha— y ahora bebo, ¿no? Aunque no toque. Ja.

—Yo tampoco, cari, me lo acabo de inventar —dijo Blanca—, pero vamos a intentarlo o la tarde se nos hará eterna. Venga, empiezo yo.

—¿De verdad que vamos a jugar a eso? ¿De verdad que eso es un juego? —Helena no lo tenía nada claro.

—O también podríamos usar de guía el abecedario... —Blanca seguía a lo suyo— para que se nos ocurra algo, por ejemplo, podemos pensar una palabra que empiece con la letra A, luego con la B, como un *brain storming*, y así hasta la Z, y...

—¡Hala, tía! ¿Pero cuánta imaginación te crees que tenemos? —interrumpió Helena—. Yo veo poco alcohol para tanta creatividad.

Sofía las miró una a una con perplejidad y le dio un buen trago a su ron. El primero de muchos.

—Venga va, lo hacemos con las letras —se animó Blanca—. A ver, historias que se os ocurran con la A...

—Aburrimiento —dijo Helena.

—Afrodisíaco. —Rio Concha.

—Asco —añadió Sofía.

—Veeenga vaaa... —se quejó Blanca—. ¡Armarios! —exclamó—, vamos a contar cómo salimos del armario, ¿vale? Es un buen comienzo, ¿no?

Todas la miraron en silencio, Helena hizo una tediosa caída de ojos bastante explícita de lo que le parecía todo aquello, Concha bebió por no mostrar ninguna expresión rara que pudiera enojar a su chica y Sofía le sonrió levemente como buena amiga que era.

Fue Blanca quien empezó a contar su propia historia de cómo salió del armario y, al final, se animaron todas.

La madre de Blanca subía las escaleras de su dúplex con pasitos ágiles y mirada desenfocada, reflejo de la dispersión de sus pensamientos. La sutil tela de su vestido de aires hindúes ondeaba al viento; en las manos llevaba una bandeja con una humeante tetera con dibujos orientales, un par de tazas a juego y un porta incienso con motivos árabes y la barrita aromática ya colocada. En la habitación la esperaba su hija dándose aire con un paipái, sentada al otro lado de una mesa plegable presidida por un sonriente buda y una bruja de la suerte. Era verano y hacía un calor pegajoso y denso, pero la madre de Blanca insistía en prescindir del aire acondicionado todo lo soportable, porque contaminaba mucho. Las amigas de Blanca la llamaban «la hierbajos», no solo porque tenía en su despensa más clases de té de los que podían recordar, sino porque a veces decía cosas raras... como si estuviera un pelín fumada.

La madre de Blanca dejó la bandeja sobre la mesa y encendió el incienso, al tiempo que su hija inspiraba con resignación la última bocanada de aire libre aún de efluvios árabes. La madre sirvió el té, colocó tazas e incienso sobre la mesa y retiró la bandeja, todo ello con una ceremonia y una lentitud que exasperaban a Blanca, exasperación, por cierto, disimulada con gran maestría. La madre se sentó en la silla libre y sacó una baraja de tarot de su bolsillo. Estaba claro que a esta señora le importaba

un pimiento la coherencia cultural, porque el tarot, de origen europeo, no iba a juego ni con la tetera china ni con el vestido hindú ni con el incienso árabe, realmente ninguno de estos elementos pegaban entre sí.

—Bueno, cari, haz la pregunta. —Y le regaló una amplia sonrisa a su hija.

—Quiero saber si voy a encontrar el amor pronto, si voy a tener pareja en un futuro inmediato —dijo Blanca de carrerilla, como un mero trámite que había que cumplir y que formaba parte del ritual exigido por el tarot.

Blanca tenía entonces veintitrés años y, para su madre, nunca había tenido novio, solo se dedicaba a estudiar y a quedar con sus amigas, y estaba realmente preocupada por su pertinaz inocencia en asuntos amorosos. Con lo liberal que había sido ella siempre... Así que la convenció para intentar que el tarot arrojará alguna luz sobre el futuro sentimental de su hija. Y su hija se dejó convencer harta de escuchar hasta el aburrimiento la misma machacona pregunta: «¿Tienes novio?, ¿tienes novio?, ¿tienes novio?».

El calor era pegajoso y húmedo, el incienso humeaba, el té humeaba y unas perlas de sudor asomaban sobre la nariz de Blanca, que observaba cómo su madre separaba las cartas en dos montones, cogía uno en cada mano y empezaba a barajar concentrada, con las manos a la altura del segundo chacra —el ombligo para los profanos—. Después de varias inspiraciones y espiraciones profundas, ofreció la baraja a su hija para que la cortara. Su madre tomó las cartas de nuevo y cerró los ojos. Entonces Blanca se llevó la taza a los labios, pero la apartó de inmediato con un gritito, ¡estaba ardiendo! Y la madre salió repentinamente de su afectada concentración.

—Anda, mamá, trae unos hielos, porfa, es que no puedo be-bérmelo.

—Cari, ¿ahora? Que estamos a medio.

—Pero si ya has barajado, lo que vaya a salir ya está, *alea jacta est...*

—Uy, ya sabes que de inglés voy justita.

Mientras Blanca ponía los ojos en blanco, su madre dejó el mazo de cartas sobre la mesa y bajó a por el hielo. En cuanto desapareció escaleras abajo, Blanca se tiró como una loca a por las cartas y empezó a reordenarlas siguiendo el patrón que tenía requetensayado y, para cuando su madre volvió, la baraja estaba, aparentemente, tal y como la había dejado ella.

Una vez recuperada su concentración, la madre colocó unas cuantas cartas boca abajo sobre la mesa y las fue levantando una a una, interpretando vagamente lo que el destino le deparaba a su hija: había amor, enamoramiento, pareja, pero no aparecían por ningún lado figuras masculinas, solo emperatrices, papi-sas, reinas..., era desconcertante. La verdad era que sus conocimientos tarotistas eran bastante limitados, como lo eran sus conocimientos en general, pero creía saber lo suficiente como para acabar más confusa y preocupada de lo que estaba antes de consultar a los arcanos.

Un mes después de la tarde del tarot, Blanca desveló a su madre que había conocido a alguien que creía que era la pareja sentimental que le mostró el tarot y que estaba convencida de que tenía que ser uno de esos arcanos, mayores o menores, todos de género femenino... Su madre era muy moderna para algunas cosas y muy antigua para otras y, aunque no había pensado mucho en ello, como en casi nada que no fuera esotérico o exótico, sus comentarios sobre la homosexualidad siempre habían sido un tanto políticamente incorrectos, y por eso Blanca nunca se había atrevido a confesarle su lesbianismo ni, por supuesto, que era cierto que no había tenido novio, sino diversas novias desde la temprana adolescencia.

—Así que, mamá, tal y como estaba en las cartas, por fin tengo pareja y es... de género... femenino.

Blanca lo soltó por fin, y blanca se puso su madre, que pareció haberse ido de viaje astral durante unos interminables segundos. Pero enseguida se recompuso, porque... ¡estaba en las cartas! No se podía luchar contra esas poderosas fuerzas. Así que, a partir de entonces, la madre de Blanca amplió su concepción del mundo homosexual: para ella existía la homosexualidad

que venía del vicio, la que venía de algún trauma y ahora también la que, como le había ocurrido a su hija, la que venía del más allá.

Helena, Pedrito y Eva estaban sentados en el suelo haciendo un trabajo de ciencias naturales para el colegio, y su modo de documentarse era jugar a los médicos. Pedrito, el doctor, palpaba torpemente el pecho preadolescente de Eva ante la mirada curiosa de Helena, que a continuación observó con gran interés el beso que el niño le dio en los labios a su compañera de clase. Por fin, el doctor se separó de su paciente y Helena sonrió ante la llegada de su turno: se acercó a Eva, colocó la mano sobre el pecho de su amiga y, bajo la mirada alucinada de esta, se disponía a darle también un beso cuando un manotazo de Pedrito la apartó de ella: «¡Idiota, a ella no, a mí!». Helena lo atravesó con la mirada, más aún cuando lo vio acercarse hacia su propia boca, sonriente y confiado, y cuando estaba a punto de besarla, Helena le soltó tal trompazo en la cara que lo sentó de nuevo en el suelo, pero esta vez con la nariz rota.

Meses más tarde, Helena ya había cumplido los doce años y seguía pensando en el beso no dado a Eva, así que ideó un plan para zanjar el asunto: conseguiría un porro, se lo ofrecería a Eva en el recreo, se lo fumarían en los vestuarios del gimnasio, y allí, entre risas desinhibidas, le daría un beso, pero un beso de verdad, no la mierda esa que le había dado Pedrito.

Helena confiaba plenamente en su plan: el punto uno, conseguir el porro, no era problema, ya que sus padres eran unos progres intelectuales que fumaban marihuana a escondidas de su hija, pero lo hacían tan torpemente que, a pesar de sus precauciones, la niña sabía exactamente dónde se los fumaban, cuándo y el lugar secreto en el que escondían la parafernalia porrera. Además, si la pillaban, no creía que le cayera una bronca muy gorda, porque eran tan guais que no la castigaron cuando le rompió la nariz a su compañero, porque había sacado una nota excelente en el trabajo de ciencias, y para sus ilustrados

padres eso compensaba ese pequeño desliz violento que, además, Helena justificó muy bien ante sus ojos. Para ellos el aprender, asistir a clase con interés, el saber y, por lógica, los resultados académicos eran lo más importante, sobre todo en letras, pero en ciencias también valían.

El punto segundo del plan tampoco era problema, Eva era un poco loquilla y se dejaba convencer para cualquier cosa que sonara divertida: meterse una habichuela por la nariz, tirarse de cabeza por un tobogán, jugar a los médicos o fumarse un cigarro en tres caladas. Fumarse un porro podría ser para ella una progresión lógica en su peculiar búsqueda de diversión. Sus padres eran las antípodas de los de Helena: religiosos, pijos, conservadores y aburridos, así que no era de extrañar que la chica explorara otras vías fuera de las rigideces domésticas. Lo más importante para ellos eran las apariencias y Eva se esmeraba mucho en aparentar que era una estudiante aplicada, una hija responsable y una adolescente comedida.

El punto número tres del plan, no ser vistas durante el recreo, también lo daba por hecho, ya que el gimnasio quedaba apartado del patio y nadie iba a esa zona durante el recreo.

Llegó el día y tenía la hierba, el tabaco y el papel, se lo había enseñado a Eva y se habían colado en el gimnasio. Ahora tenía algo menos de veinticinco minutos para lograr el objetivo de su misión. Pero con lo que no había contado Helena era con las dificultades de liar un porro, así que estuvo más de un cuarto de hora hasta que logró un canuto fumable. Diez minutos después, ya estaban pasándose entre risas, consumido ya más de la mitad. El timbre del final del recreo sonó sin que Helena hubiera completado su plan, así que tenía que darse prisa. Incitó a Eva a dar una profunda calada, ella le dio otra y miró a su amiga con sonrisa seductora mientras dejaba escapar lentamente el humo de su boca. Humo que se escabullía por una de las pequeñas ventanas que había sobre ellas y que servían de respiradero del vestuario. Una corriente de aire había hecho que el reconocible aroma llegara a las finas narices de doña Catalina, la profesora de lengua, que estaba asomada a la ventana de clase

buscando a las dos niñas que faltaban. Mientras ella husmeaba por los alrededores del gimnasio buscando el origen del aroma, Helena se acercaba a Eva.

—¿Nos pasamos el humo?

Eva rio picaramente, le dio una calada, se colgó del cuello de su amiga y se besaron entre risas, humo y toses. Entonces Helena se puso seria y le cogió la cara con las manos, como había visto en las películas, y la besó con todas sus ganas y se atrevió incluso a usar la lengua. Y Eva se dejó.

—¿Pero qué es esto?! —dijo con su voz de pito doña Catalina.

Las chicas se separaron de un salto y miraron asustadas la cara desencajada de la profesora. Pero enseguida el efecto del porro las hizo reírse de la azorada doña Catalina, pálida y muda de la impresión. El cigarro aún seguía humeando en la mano de Eva.

—¿Os estabais besando?!

Eso era lo que tenía trastornada a la profesora sesentona. Un crucifijo subía y bajaba sobre su pecho al compás de su agitada respiración. Cuando consiguió recomponerse, apenas podía articular palabra.

—Vamos... con el director... ahora... ¡tira eso!

Eva tiró el porro y Helena lo pisó, dejaron de reírse y en su expresión afloró la súplica. La profesora echó a andar con paso tan acelerado que apenas podían seguirla las niñas.

—¡Vamos! ¡Por Dios! ¡Pero... ¿será posible?! —farfullaba—. ¡Sois unas marranas!

Pero las chicas tenían muy claras las prioridades de sus padres y sus miedos eran otros.

—¡Por favor, por favor, por favor, no le diga a mis padres que me he *fumao* un porro! —lloriqueó Eva.

—¡Por favor, por favor, por favor, no le diga a mis padres que me he *fumao* una clase! —suplicó Helena.

Esa tarde doña Catalina habló con los padres de las chicas y, para su horror, los de Helena ya sabían las tendencias de su hija y, lo que era peor, les parecía bien.

En el patio de la casa de los abuelos de Concha —Conchi por aquel entonces— había más de cuarenta personas, desde bebés hasta nonagenarias, y todas eran de su familia menos «la Cristi», a la que había invitado Conchi, y «el Toni», al que habían invitado sus primas.

Toni fue el primer —y único— novio conocido de Conchi, lo desconocido era que la chica había tenido varias parejas y rolletes de género femenino. Volviendo a lo conocido, Toni se cansó de la distante Conchi y la dejó. Toda su extensa familia daba por hecho que ese era el motivo por el que la chica no había vuelto a tener novio: Toni la había herido, la chiquilla se había quedado colgada del guaperas del pueblo y no lo había podido superar... Aquel desamor sucedió cuando ella tenía quince años, ahora tenía dieciocho y unas horas, de hecho, la familia se había reunido para celebrar su mayoría de edad. Toni se había marchado del pueblo para estudiar una FP y esta ausencia había sido la coartada perfecta para mantener la imagen de chica irremediabilmente enamorada de su primer amor, ilusión que era alimentada sutilmente por ella, que así se libraba de dar explicaciones menos superficiales y más comprometedoras acerca de las razones de su desidia por los hombres. Ella, en otras facetas de la vida, rezumaba alegría y energía, era activa, impulsiva y positiva. Lo malo era que su familia también poseía una personalidad semejante, un carácter expansivo, arrollador y ruidoso hasta la distorsión.

Toni acababa de volver al pueblo para quedarse, y allí estaba, en la gran fiesta de Conchi, invitado por sus meteretas primas, y dispuesto a cortejarla —o lo que sea que se haga con dieciocho años— de nuevo. Las primas ya se habían encargado de ponerle al corriente de los sentimientos que Conchi aún albergaba por él, y él se sintió halagado y confiado ante una presa tan fácil. La verdad era que le gustaba mucho, Conchi estaba ahora mucho mejor que con el acné quinceañero, y solo esperaba que no siguiera siendo tan mojigata.

Toda la familia sabía de un modo u otro, más o menos preciso, que esa noche en la fiesta de cumpleaños de Conchi, Toni, su

amor tantas veces añorado, se le iba a declarar. Todos lo sabían menos la cumpleañosera y Cristi, su chica del momento. Conchi ya estaba medio mosca porque sus primas no hacían más que hablarle melosas de Toni: que había venido a la fiesta, que estaba muy guapo, que qué le había dicho, que qué le iba a decir, que... Hasta que Conchi las cortó con un tajante: «Me voy a por hielo».

—¿Me ayudas en la cocina? —preguntó Conchi.

—Claro. —Sonrió Cristi.

La puesta de sol había traído una temperatura muy agradable, muy bien recibida después del caluroso día y la abundante comida. La sensación de bochorno había sido mayor porque casi todos habían bebido de más. Conchi se había tomado un par de litros de cerveza y dos ron con piña a lo largo de cinco horas, y Cristi, lo mismo más un chupito de pacharán. Las dos eran bastante resistentes al alcohol, pero en su huida hacia la casa casi se comieron la silla de ruedas de la bisabuela de Conchi: «Qué guapa te has puesto hoy, pillina», balbuceó sin dientes la anciana, que también le había dado al pacharán. Ella también lo sabía. Conchi asintió distraída y caminó hacia el interior de la casa.

—Pillina, estás muy guapa. —Rio Cristi agarrándole el mo-flete.

La chica se cercioró de que no había nadie en la cocina y acorraló a su pareja contra la pared detrás del frigorífico, ocultas de quien entrara. Pero Toni había visto a su exnovia tropezar con la bisabuela y, cuando no la encontró, le preguntó a la anciana.

—¿Conchi? —escucharon su voz resonando en la cocina—. ¿Conchi?

Y Conchi sacó su lengua de la boca de Cristi y se miraron con ojos horrorizados y beodos. La chica sabía que tenía que salir al encuentro del chico o las pillaría inexplicablemente juntas detrás del frigorífico.

—¿Qué pasa, Toni?

Mientras Conchi se lo llevaba fuera, Cristi permanecía in-crustada en la pared con la cara pegada a la parte trasera del frigo, tan aturdida por el alcohol como por el ensordecedor ron-roneo del viejo aparato.

—¿Dónde vas con tanta prisa? —Se detuvo Toni—. Quiero hablar contigo.

El chico arrastraba un poco las palabras y se movía con cierto vaivén, y solo a la tercera consiguió atrapar un mechón de pelo y apartárselo de la cara a Conchi.

—Estás muy guapa.

—¿Es que no has hablado ya conmigo? ¿Se te ha muerto la otra neurona o qué? —le dijo Conchi quitándole la mano del pelo, mano que volvió a su cabeza como si estuviesen unidas por una goma elástica—. ¡Ah, qué tío más *pesao!*, que ya te he dicho que no, que ya se me pasó lo tuyo.

—Pero qué rancia eres... tus primas no dicen eso, lo que te pasa es que te quieres vengar y te quieres hacer la dura conmigo... Venga.

Y la rodeó con los brazos y se acercó para darle un beso al tiempo que la chica arqueaba al máximo su espalda para alejar su boca de la de él, cual cobra.

Conchi salió trastabillando al patio, furiosa y aturdida por el acoso de Toni y por la bebida. Primero sus primas la abordaron.

—¡Ay, tía, ¿qué ha pasado?!

—¿Qué te ha dicho?

—¿Te ha besado?

Después, cuando se zafó de ellas, la abordó la bisabuela.

—El Toni me ha preguntado por ti.

Conchi la ignoró y retomó su camino hacia la calle, pero alguien la cogió del brazo y la detuvo.

—¿Adónde vas tan corriendo? —preguntó su madre—. Vente, que tienes que soplar las velas.

—¡Uf! Parecéis una plaga —se quejó su hija.

Y su madre la arrastró hasta colocarla delante de una gran tarta con dieciocho velas. Toni y Cristi la observaban desde distintos lugares: él a un par de metros, imponiendo su presencia, y la chica, pegada a la verja del fondo semiculta por una adelfa.

—Nena, pide un deseo. —Sonrió su madre señalando con la cabeza hacia Toni, al que guiñó un ojo.

Conchi cerró los suyos, resopló y bebió de un trago los restos de algún cubata aguado que había sobre la mesa; estaba a punto de estallar, estaba harta, sensación real aunque aumentada por la bebida.

—Deseo que me dejéis en paz —pidió con voz de borracha—, que paso del Toni, ¿vale? Que estáis muy pesados con el Toni. Y bebed un poco más, a ver si me olvidáis un rato.

—Pero hija, tesoro, a qué viene eso ahora... no, no, no, pero si él ya lo sabe, tesoro, no sufras más...

—¡Que no sabe una mierda, coño!

El Toni la miraba en plan chulo con los brazos cruzados sobre el pecho.

—¡Que no me gustas tú ni me has gustado nunca, joder! —Lo miró desafiante—. ¡Que me gusta otra! ¡Otro! ¡Otra persona!

Y la Cristi se iba perdiendo cada vez más dentro de la adelfa. Y, tras un profundo suspiro, Conchi habló de nuevo.

—¡Que tengo novia, coño! ¡Que soy lesbiana! ¡A la mierda!

Y todos la miraron con pasmo, menos la bisabuela, que no oía bien.

—¿Qué ha dicho que le pasa?

Y Cristi, súbitamente blanca, abandonó la adelfa y reptó hacia la salida asida a la verja para no caerse por la borrachera o por la impresión.

—¡¡Bollera!! —le aclaró Concha a la anciana, al tiempo que Cristi daba un bote del susto—. ¿Me explico? ¡Tortillera! ¡Homosexual! ¡Gay!... ¡Tríbada! ¡Safista!... ¡Maricona! —Y rompió a reír.

Y los más de cuarenta familiares guardaron silencio, durante mucho tiempo, abrumados ante tal riqueza de vocabulario.

—Pili, que... nací en Beirut... —confesó Sofia.

—...

—Que soy... libanesa...

—...

—Libanesa —insistió como si fuera algo obvio.

Tras esas escuetas palabras, Pili pasó una semana entera atribulada, convencida de que su amiga del alma era adoptada y árabe.

Por entonces Sofía tenía diecisiete años y el único referente lésbico televisivo era el subtexto de *Xena, la Princesa Guerrera*, y la única lesbiana real que conocía era Pili, su mejor amiga del instituto. Pili era impulsiva, desinhibida y un poco hortera. Era la antítesis de la tímida, seria y sobria Sofía, que envidiaba la capacidad de su amiga para que cualquier problema pareciera una tontería.

Con quince años, Pili le había confesado a Sofía que era bisexual, porque además de Javier, su amor de verano, también acababa de enamorarse de la profesora de lengua; a los dieciséis le anunció que creía que era solo lesbiana, porque su amor de verano ahora era una chica —con la que se había ido ya a la cama— y su amor, platónico, del resto del año era la profesora de inglés. A Sofía le tartamudearon los pensamientos ante tales confesiones y se bloqueó, incapaz de decir nada más que un puñado de frases hechas: no entendía lo fácil que era para su amiga, lesbiana desde anteaer, confesarse en tiempo real, cuando ella misma llevaba años rumiando su lesbianismo en soledad, incapaz de decírselo a nadie. Y en ese momento tan propicio tampoco lo hizo, pasó la oportunidad con la primera confesión de su amiga, el tiempo transcurrió y nunca parecía un buen momento. Se sentía muy estúpida y cada vez la bola de su estupidez se le antojaba más y más grande.

Y entonces, en un capítulo de *Las chicas de oro* que vieron juntas, un personaje confundió lesbiana con libanesa, dando origen a un episodio cómico en la serie y a un nuevo episodio estúpido en la vida de Sofía.

Pili, tras esa semana entera que estuvo rayada pensando en los orígenes libaneses de su amiga, y a pesar de su visión literal del mundo, se acordó de aquel capítulo que vieron semanas antes y se le hizo la luz, corrió al encuentro de Sofía, le preguntó directamente y su amiga por fin le confesó entre sollozos que sí, que era lesbiana y que siempre le habían gustado las

chicas. Pili alucinó, no por el hecho lésbico en sí, sino porque le resultaba del todo incomprensible la tardanza en decirlo y lo rebuscado del modo de hacerlo, y eso que Sofía se dejó en el tintero que llevaba enamorada en secreto dos años de una compañera de clase con la que no había intercambiado ni tres frases en todo el instituto.

Pasó un año y pico y la lesbiana confesa fue a la universidad. Una noche, su compañera del piso de estudiantes la acorraló a preguntas de índole sentimental.

—Pues no he tenido novios —contestó agobiada Sofía.

—Tía, pero te habrá gustado alguien, ¿no? Que tienes casi veinte años —insistió Isabel.

—Pues... bueno, sí que me ha gustado alguien...

—¿Y?

—... desde los quince..., pero era un amor imposible. Y ya está, no digo nada más.

Estaban en una discoteca de ambiente universitario donde eran populares las bebidas de múltiples colores chillones. Tras dos horas bebiendo, casi habían tomado todo el arcoíris, pero Isabel seguía incapaz de sonsacarle quién era ese «amor imposible», y de veras que lo intentó: «¿Es que era un primo?, ¿era muy mayor?, ¿muy joven?, ¿otro familiar?, ¿incesto?!, ¿un profesor?». Y la bola de la ridícula estupidez volvía a crecer y cada vez era más tarde para una salida digna.

—¡Joder, que va a ser una tía! —gritó Isabel a la mañana siguiente, cuando la idea atravesó su resaca como un rayo.

La chica saltó de la cama y corrió a la habitación de Sofía, la zarandeo hasta despertarla y le comunicó su conclusión. Y Sofía, de nuevo entre sollozos, confesó su lesbianismo, incapaz de eludir un buen drama.

Su última salida del armario traumática ocurrió cuatro años más tarde con su hermano, que la cosía a preguntas sobre sus novios, espoleado por el halo de misterio que rodeaba la vida sentimental de su hermana mayor. Como se había ido a estudiar fuera de casa, le había sido más fácil inventarse novietes para que su cotilla hermano la dejara en paz, pero se le olvidaban los

detalles y su hermano tenía una memoria de elefante, y un día la acorraló con preguntas porque se olía algo raro y la sometió a un test de exnovios que Sofía no pudo superar: confundía la carrera de un ex con la del otro, los viajes que hicieron, los hermanos que tenían cada uno, los apellidos, el color de ojos... todo lo mezclaba y modificaba, y su hermano no soltaba la presa, preguntando y repreguntando que qué pasaba con toda esa montaña de porquería que estaba contando, y la puso en evidencia de tal manera que Sofía no pudo soportarlo más y estalló: «¡Que soy lesbianaaaaaa!».

Su hermano era dos años menor que ella y, a pesar de ser bastante cotilla, era muy responsable, serio, buen estudiante y buen hermano, así que la consoló y le dijo que no se preocupara, que tenía todo su apoyo y que la homosexualidad no era nada de lo que avergonzarse y que estaba muy bien salir del armario... menos en casa: «No se lo digas a papá y mamá, que te los cargan», fue su primera muestra de apoyo.

Y hasta el día de hoy sus padres siguen vivos.

Después de contar su historia, Sofía se bebió de un trago lo que le quedaba en la copa mientras Helena la miraba con risita burlona.

—Si esa fuera mi historia, yo también bebería, y mucho.

—A lo mejor me la he inventado.

—No tienes tanta imaginación, tú lo has dicho antes —le espetó Helena.

—Mira, déjame, que quiero un finde tranquilo.

—Ay, Sofía —añadió su amiga—, qué poquito sentido del humor, relájate un poco, anda.

—Pero tu historia ¿es verdad o no? —preguntó Concha.

—Sí que es verdad, dejadla ya —intervino Blanca—. Que no es para tanto.

Sofía, que había tomado su vaso de nuevo con la intención de beber, lo dejó bruscamente sobre la mesa.

—Vamos a ver, ¿qué le pasa a mi historia? Tú sales del armario engañando a tu madre —dijo dirigiéndose a Blanca—, tú, borracha perdida delante de cuarenta personas —señaló a Concha— y tú —miró a Helena—, ¿cuándo se lo dijiste tú a tus padres? No nos lo has contado, ¿cómo es que lo sabían antes de que tuvieras doce años?

—Cuando tenía ocho años puse en la carta a los Reyes Magos que me trajeran una novia.

Concha carcajeó y Sofía la miró incrédula.

—Con ocho años no podías saber que eras lesbiana.

—Vaya que no —protestó Helena.

—Como que no —insistió Sofía.

—Pues los Reyes Magos sí que debían de saberlo, porque me la trajeron. —La miró desafiante—. ¡Ja!

Concha reía y bebía, Blanca mantenía su gesto inexpresivo para no molestar a nadie y Sofía miraba a Helena negando con la cabeza.

—Pero qué fantasma eres... —Sonrió porque no lo pudo evitar y se llevó de nuevo la copa a la boca hasta que se dio cuenta de que estaba vacía.

Helena, sin decir nada, pero con una incipiente sonrisa en los labios, le rellenó el vaso.